

Cómo funciona el mundo

Del mismo autor

La naturaleza humana: justicia versus poder, con Michel Foucault;

Buenos Aires y Madrid, Katz Editores, 2006

El beneficio es lo que cuenta, Barcelona, 2000

El programa minimalista, Madrid, 1999

Estructuras sintácticas, Buenos Aires, 1999

El miedo a la democracia, Barcelona, 1992

Reglas y representaciones, México, 1983

Reflexiones sobre el lenguaje, Barcelona, 1979

Cómo funciona el mundo

Conversaciones con David Barsamian

Noam Chomsky

Editado por Arthur Naiman

Traducido por María Victoria Rodil

Serie Ensayos



Primera edición, 2012

© Katz Editores
Benjamín Matienzo 1831, 10° D
1426-Buenos Aires
Calle del Barco 40, 3° D
28004-Madrid
www.katzeditores.com – info@katzeditores.com

© Clave Intelectual, S. L., 2012
C/ Velázquez, 55, 5° D
28001-Madrid
www.claveintelectual.com – info@claveintelectual.com

Esta obra fue publicada originalmente en inglés por Counterpoint,
bajo el título *How the World Works*, by Noam Chomsky
Copyright © 1986-2011, by Noam Chomsky

ISBN Argentina: 978-987-1566-70-9
ISBN España: 978-84-92946-46-4

1. Ensayo Político. I. Rodil, María Victoria, trad. II. Título
CDD 320

El contenido intelectual de esta obra se encuentra
protegido por diversas leyes y tratados internacionales
que prohíben la reproducción íntegra o extractada,
realizada por cualquier procedimiento, que no cuente
con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: Pablo Salomone y Maru Hiriart

Impreso en España por CLM, Artes gráficas, S.L.
Pol. Ind. Codein
C/ Eduardo Marconi, 3
28946 Fuenlabrada (Madrid)
Depósito legal: M-988-2013

Índice

Sobre el autor 7

Nota del editor 11

Lo que realmente quiere el Tío Sam 15

Pocos prósperos, muchos descontentos 87

Secretos, mentiras y democracia 153

El bien común 233

Índice general 355

Sobre el autor

Hace años que Noam Chomsky es el más citado entre los autores vivos, con el octavo puesto en el ranking histórico, luego de Marx, Lenin, Shakespeare, Aristóteles, la Biblia, Platón y Freud. Venerado en el exterior, Chomsky es sin lugar a dudas el crítico social más importante del mundo, pero en Estados Unidos sus ideas políticas son marginadas. Como el equivalente actual de los profetas del Antiguo Testamento, se trata de un verdadero profeta que no lo es tanto en su tierra.

Aunque el *New York Times* admita a regañadientes que “posiblemente sea el intelectual más importante con vida”, lo admite en el contexto de las críticas hacia su postura política. Si bien en otros países es una figura mediática que llena auditorios con público de pie donde sea que se presente, sus apariciones en programas televisivos de Estados Unidos son escasas y espaciadas. El abanico de

opiniones aceptadas en los medios estadounidenses no es tan amplio como para incluir la suya.

Sin embargo, sus reflexiones y análisis son de una precisión inaudita. En uno de los libros clásicos compilados en este volumen, cuya publicación original data de 1994, advertía lo siguiente: “En 1970, el comercio y las inversiones a largo plazo, dos actividades más o menos productivas, representaban cerca del 90% de los capitales internacionales, con apenas un 10% para la especulación. En 1990, esas cifras ya se habían invertido”. A esta altura, sabemos cómo siguió la cuestión: probablemente la especulación haya llegado a representar el 99,9% antes de que se derrumbara todo. Hoy estamos pagando los platos rotos por no haberle hecho caso en aquel momento (aunque la verdad es que nunca tuvimos demasiado poder de control sobre la situación).

En la década de 1990, mucho antes de que los gobiernos occidentales y las instituciones crediticias como el Banco Mundial y el FMI comenzaran a condonar las deudas adquiridas por los dictadores mafiosos del Tercer Mundo, Chomsky decía lo siguiente sobre esos préstamos: “Como pasó en casi todas las regiones del Tercer Mundo, los generales brasileños, junto con sus amigos y con los potentados del país, pidieron una cantidad enorme de dinero y mandaron gran parte de esos fondos al exterior. Entre los brasileños, esa deuda es como una soga al cuello que les impide hacer lo necesario para resolver sus problemas, que limita el gasto social y el desarrollo equitativo y sostenible. Pero si yo pido dinero prestado, lo mando a una cuenta en Suiza y después no puedo pagarles a mis acreedores, ¿el problema es mío o de los demás? La gente de las favelas no pidió prestado ese dinero, ni lo pidieron los trabajadores rurales. A mi juicio, esa deuda no le corresponde al 90% de la población brasileña más que a mi vecino de al lado. Que pague el dinero la gente que lo pidió”.

Por suerte, Brasil ha avanzado bastante con respecto al estado lamentable en el que se encontraba entonces, en gran medida gracias a la ayuda de Chomsky.

Avram Noam Chomsky nació el 7 de diciembre de 1928 en Filadelfia. William, su papá, fue un afamado estudioso de la lengua hebrea y Noam pasó unos meses en un *kibutz* durante su primera juventud. Padre de tres hijos, perdió a su esposa Carol en 2008, tras casi sesenta años de matrimonio.

Desde 1955 dicta cátedra en el MIT sobre filosofía y lingüística, una disciplina que ha revolucionado con sus teorías. A los 32 años de edad, obtuvo allí el cargo de profesor titular. Además de haber cambiado los paradigmas de la lingüística con sus ideas, ha escrito numerosos libros sobre asuntos políticos y ha recibido innumerables reconocimientos y distinciones, incluidos 37 títulos honorarios. Militante de tiempo completo, con una agenda repleta de conferencias, Chomsky hace más por la política que tres personas normales juntas, pero siempre siente que no alcanza. Sus charlas y discursos son apasionantes, y esto se debe a lo que dice, no a su modo directo y humilde de decirlo, ya que evita deliberadamente los ornamentos retóricos. Filósofo como un cuchillo en los debates, pero cálido y amigable en los diálogos, Chomsky es la persona más moral y erudita que yo haya conocido.

Espero que llegue a cumplir 100 años. Y ustedes deberían esperar lo mismo. El mundo será un lugar más vacío, solitario e injusto sin su presencia.

Arthur Naiman

Nota del editor

Este libro, compuesto de conferencias y entrevistas que atravesaron un proceso intenso de revisión y corrección, ofrece un material que no es fácil de encontrar: las opiniones de Chomsky en su estado más puro, con cada una de sus ideas fascinantes y de sus reflexiones agudas en condiciones intactas, presentadas con un lenguaje claro, accesible y sencillo de comprender.

El concepto de este material surgió cuando escuché hablar a Chomsky en la radio KPFA de Berkeley y advertí que esos pensamientos resultaban muchísimo más comprensibles cuando los pronunciaba en voz alta que cuando yo los leía en sus libros. Entonces, le escribí para proponerle compilar yo mismo algunas de esas entrevistas en un volumen breve, de tono informal. Chomsky aceptó y

me puso en contacto con David Barsamian, que venía grabando las conferencias y entrevistándolo desde 1986, como aún lo hace.*

A partir de las transcripciones de siete conferencias y entrevistas que me dio David, pasé unos cuantos meses agrupando las distintas ideas que Chomsky había planteado en diferentes momentos sobre una gran variedad de temas. Después, seleccioné a mi juicio las mejores expresiones de esos pensamientos, descarté las repeticiones que resultan inevitables cuando uno habla de los mismos asuntos en fechas muy separadas, volví a reunir todo el material para darle coherencia y le envié el producto final a Chomsky para que hiciera las últimas correcciones. Entonces, él agregó material nuevo por escrito para complementar, ampliar y clarificar mi selección.

Con este método, produjimos cuatro libros: *Lo que realmente quiere el tío Sam; Pocos prósperos, muchos descontentos; Secretos, mentiras y democracia, y El bien común*. Al parecer, esta nueva versión de Chomsky, más dialogada, generó mucha demanda, porque los cuatro volúmenes vendieron un total de 539.000 ejemplares en Estados Unidos.

Al principio de nuestro trabajo en conjunto, yo no sabía muy bien cuál sería la mejor manera de presentar el material, así que para el primer libro opté por eliminar las preguntas de David, que en los otros tres volúmenes sí están incluidas con una tipografía diferente (al igual que las preguntas telefónicas de los radioescuchas).

En esta compilación, el material está ordenado cronológicamente según la fecha de publicación. En cuanto a los nombres de personas y los términos que los lectores pueden desconocer, intenté definirlos la primera vez que se mencionan. Las notas explicativas de ese tipo figuran entre corchetes.

Algunos de los libros originales contenían material complementario, como notas, títulos de otros libros del autor, listas de organizaciones con las que se puede colaborar, etcétera. Si bien las ideas de Chomsky no han perdido vigencia, ese material adicional resulta obsoleto en la mayoría de los casos, de modo que no está incluido en este volumen.

* Alternative Radio Series, el programa de radio de Barsamian, se transmite por ciento cincuenta estaciones radiales de distintas partes del mundo y ofrece descargas de audio en formato mp3, CD y transcripciones de cientos de entrevistas y charlas con Chomsky y muchos otros pensadores progresistas; <<http://www.alternativeradio.org>>.

Aunque las conferencias y las entrevistas compiladas datan de la década de 1990 (o incluso de fines de la de 1980), los lectores descubrirán que las reflexiones de Chomsky son más profundas que cualquier otro material que puedan leer en los periódicos o escuchar en radio y televisión hoy en día. Los análisis que presenta son tan incisivos y sagaces que con el tiempo se vuelven cada vez más actuales y sorprendentes. Los invito a leer algunas páginas para ver si coinciden conmigo.

Arthur Naiman

Lo que realmente quiere el tío Sam

Primera edición: 1992

15 ediciones en Estados Unidos

11 ediciones en otros países

244.000 ejemplares impresos

Lo que realmente quiere el tío Sam

Los objetivos principales de la política exterior estadounidense

Proteger nuestro terreno

Obviamente, las relaciones entre Estados Unidos y otros países se remontan a los orígenes de la historia estadounidense, pero la Segunda Guerra Mundial fue un verdadero punto de inflexión, así que vamos a comenzar por ahí.

Mientras que la guerra había destruido o debilitado seriamente a la mayoría de nuestros rivales comerciales, Estados Unidos había obtenido beneficios enormes. Nuestro territorio no había sufrido ningún ataque y la producción nacional había crecido más del triple.

Incluso antes de la guerra, Estados Unidos ya era por lejos la primera nación industrializada del mundo y ocupaba ese puesto desde principios del siglo XX. Sin embargo, después de la guerra contábamos con el 50% de la riqueza mundial y controlábamos ambos lados de los dos océanos. Era la primera vez en la historia que una potencia concentraba un poder de control tan completo del mundo y tenía tanta seguridad.

Los encargados de definir las políticas estadounidenses tenían plena conciencia de que su país saldría de la Segunda Guerra como la primera potencia global de la historia y durante el conflicto se dedicaron a planificar en detalle cómo iba a ser el mundo de la posguerra. Como la nuestra es, en efecto, una sociedad abierta, hoy tenemos acceso a sus planes, que eran muy claros y directos.

Los funcionarios de planificación pertenecientes a distintos organismos, desde el Departamento de Estado hasta el Consejo de Relaciones Exteriores (que es la principal vía de influencia del sector empresario sobre la política externa), coincidían en que había que conservar el dominio de Estados Unidos. Sin embargo, existía todo un abanico de opiniones sobre lo que había que hacer para lograrlo.

En el extremo más duro, encontramos documentos como el Memorandum N° 68 (1950) del Consejo Nacional de Seguridad, que plasmaba las ideas de Dean Acheson, el secretario de Estado, y había sido redactado por Paul Nitze, que representó a Reagan en las negociaciones por el control de armas y aún sigue con vida.* El memorándum planteaba la necesidad de una “estrategia de retroceso” que regara “las semillas de la destrucción dentro del sistema soviético” para que luego pudiéramos negociar un acuerdo en nuestras propias condiciones “con la Unión Soviética (o sus estados sucesores)”.

Las políticas recomendadas en este documento iban a demandar “sacrificios y disciplina” dentro de Estados Unidos, es decir, un aumento considerable en el gasto militar y un ajuste en los servicios sociales. También se señalaba que iba a ser necesario superar ese “exceso de tolerancia” que permite demasiado disenso en el frente interno.

* Paul Henry Nitze (16 de enero de 1907-9 de octubre de 2004) fue un oficial estadounidense de alto de rango que colaboró en la formulación de la política de defensa de su país durante la Guerra Fría. [N. del E. en español.]

En realidad, todas esas políticas ya se estaban implementando. En 1949, las redes estadounidenses de espionaje que funcionaban en Europa del Este habían quedado a cargo de Reinhard Gehlen, ex jefe de inteligencia militar de los nazis en el frente oriental. Esas redes fueron una parte de la alianza nazi-estadounidense que pronto incorporó a los peores criminales de guerra y se hizo extensiva a distintas operaciones en América Latina y en otras regiones.

Entre esas operaciones estaba la formación de un “ejército secreto” bajo el patrocinio de la alianza nazi-estadounidense que tenía como objetivo ofrecer agentes y provisiones militares a las fuerzas creadas por Hitler que todavía funcionaban dentro de la Unión Soviética y en Europa del Este durante los primeros años de la década de 1950. (Éste es un dato conocido en Estados Unidos, pero se lo considera insignificante, aunque más de uno se indignaría si se diera vuelta la tortilla y se descubriera que, por ejemplo, la Unión Soviética ofreció agentes y provisiones a ejércitos creados por Hitler y asentados en las Rocallosas.)

El extremo liberal

El memorándum NSC 68 representa lo más extremo de la derecha, pero no olvidemos que esas políticas no eran sólo teóricas: muchas de ellas se estaban implementando concretamente.

Ahora pasemos al otro extremo: los liberales.* El personaje principal era sin duda George Kennan, jefe del sector de planificación en el Departamento de Estado hasta 1950, cuando lo reemplazó Nitze. Casualmente, durante el mandato de Kennan se formó la red de Gehlen.

Kennan fue uno de los encargados de planificación más lúcidos e inteligentes del país y su figura fue muy importante en la configuración del mundo de la posguerra. Sus escritos son una representación interesantísima de la postura más “blanda”. Un documento que no se puede dejar de leer para entender lo que sucedió es el *Policy Planning Study 23*, redactado por Kennan para el personal de planificación en el Departamento de Estado en 1948. Entre otras cosas, dice lo siguiente:

* El término “liberal” posee un significado particular en Estados Unidos, donde suele asociarse con posiciones progresistas, partidarias de la intervención del Estado en la economía y de políticas redistributivas, posición que en otros países es identificada con la tradición socialdemócrata. [N. del E. en español.]

Tenemos el 50% de la riqueza mundial pero apenas el 6,3% de la población [...]. En esta situación, es imposible que no seamos objeto de envidia y resentimiento. Nuestra tarea para el período que se avecina es formular un modelo de relaciones que nos permita mantener esta posición de disparidad [...]. Para eso, tendremos que prescindir del sentimentalismo y las fantasías y concentrar toda nuestra atención en nuestros objetivos inmediatos a nivel nacional [...]. Debemos dejar de hablar sobre objetivos imprecisos e irreales como los derechos humanos, las mejoras en el nivel de vida y la democratización. No está lejos el día en que tendremos que empezar a aplicar conceptos más directos relacionados con el poder. Cuanto menos nos obstaculicen las consignas idealistas, mejor.

Obviamente, éste era un documento ultra confidencial. Para sosegar a la población, había que proclamar esas mismas “consignas idealistas” (como aún ocurre constantemente), pero este material era una comunicación entre los propios funcionarios de planificación.

En la misma línea, otro documento de 1950 que Kennan redactó para los embajadores estadounidenses en América Latina señala que la política exterior del país debe preocuparse por “la protección de nuestra materia prima [es decir, la materia prima latinoamericana]”. Por lo tanto, era necesario combatir una herejía peligrosa que, según los informes de inteligencia, se estaba propagando por todas las naciones latinoamericanas: “la idea de que el gobierno tiene una responsabilidad directa por el bienestar de la población”.

Para los funcionarios de planificación de Estados Unidos, esa idea representa el comunismo, sea cual sea la postura política de las personas que la defienden. Aunque pertenezcan a un grupo religioso de autoayuda, si apoyan esa idea, son comunistas.

Esta posición también queda manifiesta en documentos de acceso público. Por ejemplo, según los informes de un grupo de estudio de alto nivel creado en 1955, la amenaza fundamental de las potencias comunistas (el verdadero sentido del término “comunismo” en la práctica) es su negativa a desempeñar un rol de servicio, es decir, “a complementar a las economías industriales de Occidente”.

En el documento de Kennan se explicaban de la siguiente manera los métodos que se debían aplicar contra los enemigos que cayeran presos de esa herejía:

La respuesta final tal vez resulte desagradable, pero [...] no debemos vacilar ante la posibilidad de la represión policial por parte del gobierno local. Esto no es una vergüenza, ya que los comunistas son en esencia traidores [...]. Es mejor tener un régimen fuerte en el poder que un gobierno liberal indulgente, permisivo y penetrado por el comunismo.

Sin embargo, las políticas de este tipo no nacieron con los liberales de posguerra como Kennan. Como ya señalaba el secretario de Estado de Woodrow Wilson treinta años antes, el significado operativo de la doctrina Monroe es que “Estados Unidos considere sus propios intereses. La integridad de las demás naciones americanas es un incidente, no un fin”. Wilson, el gran apóstol de la autodeterminación, reconocía que el argumento era “indiscutible”, aunque resultaría “poco político” manifestarlo en público.

Además, Wilson accionó sobre la base de esa idea cuando invadió Haití y la República Dominicana, donde sus soldados asesinaron y destruyeron todo a su paso, demolieron el sistema político, dejaron los países en manos de las grandes empresas estadounidenses y prepararon el terreno para las dictaduras brutales y corruptas que vendrían después.

El “Área Grande”

Durante la Segunda Guerra, los grupos de estudio del Departamento de Estado y el Consejo de Relaciones Exteriores elaboraron planes para el mundo de posguerra en términos de lo que ellos mismos llamaban el “Área Grande”, que debía quedar subordinada a las necesidades de la economía estadounidense.

El Área Grande abarcaría el hemisferio occidental, el oeste de Europa, el Lejano Oriente, el ex Imperio Británico (que se estaba desmembrando), los recursos energéticos incomparables de Oriente Medio (que estaban pasando a manos estadounidenses después de expulsar a rivales como Francia y Gran Bretaña), el resto del Tercer Mundo y, en la medida de lo posible, todo el planeta. Estos planes se fueron implementando cuando surgían oportunidades.

A cada parte del nuevo orden mundial se le había asignado una función específica. Los países industriales deberían seguir el ejemplo de los “grandes fabricantes” (Alemania y Japón), que habían demostrado su proeza durante la guerra y ahora trabajarían bajo supervisión estadounidense.

El Tercer Mundo debería “cumplir su función principal como fuente de materia prima” para las sociedades capitalistas industrializadas, según lo señala un memorándum redactado en 1949 por el Departamento de Estado. En palabras de Kennan, esos países deberían ser “explotados” para la reconstrucción de Europa y Japón. (Aunque el documento se refiere específicamente al sudeste asiático y al continente africano, se trata de una postura más general.)

Kennan llegó a insinuar que Europa podría recibir un estímulo psicológico con el proyecto de “explotar” los países africanos. Naturalmente, nadie insinuó que África debía explotar los países europeos para su reconstrucción ni que eso podría levantarles el ánimo a los africanos. Estos documentos desclasificados sólo los leen los estudiosos, que al parecer no encuentran nada extraño ni indignante en su contenido.

La guerra de Vietnam surgió de la necesidad de garantizar que se cumpliera ese rol de servicio. Como los nacionalistas vietnamitas no querían aceptarlo, había que aplastarlos. La amenaza no era que pudieran conquistar a nadie, sino que dieran un mal ejemplo de independencia nacional que pudiera servir de inspiración a otros países de la región.

El gobierno estadounidense se planteaba cumplir dos grandes funciones. Por un lado, quería asegurarse el dominio en los confines más lejanos del Área Grande. Para eso, hace falta una postura muy intimidante que permita garantizar que no haya interferencias (y ése es uno de los motivos que impulsaron el desarrollo de armas nucleares). Por otro lado, debía organizar las subvenciones estatales para la industria tecnológica. Por diversas causas, el método adoptado fue en gran medida el gasto militar.

El libre comercio está bien para los departamentos universitarios de ciencias económicas y para las columnas de opinión en los diarios, pero no hay nadie que se tome en serio esa doctrina en el gobierno ni en el mundo empresarial. Los sectores de la economía estadounidense que pueden competir en el mercado internacional son principalmente los que reciben subsidios estatales, o sea, la agricultura de uso intensivo del capital (o la *agroindustria*, como se llama en la actualidad), la industria de alta tecnología, los laboratorios farmacéuticos y la biotecnología, entre otros.

Lo mismo puede decirse de otras sociedades industrializadas. El gobierno estadounidense hace que los ciudadanos paguen los proyectos de investigación

y desarrollo, además de ofrecer, sobre todo a través del sector militar, un mercado estatal garantizado para los productos de desecho. Si un producto es comercializable, lo absorbe el sector privado. Ese sistema de subvenciones públicas y ganancias privadas es lo que se denomina *libre empresa*.

Restaurar el orden tradicional

Los funcionarios de planificación de la posguerra, como Kennan, advirtieron enseguida que la reconstrucción de las otras sociedades industrializadas occidentales iba a ser fundamental para la salud del sector empresarial estadounidense, porque les iba a permitir importar productos fabricados en Estados Unidos y ofrecer oportunidades de inversión (en este caso, incluyo a Japón como parte de Occidente, de acuerdo con la tradición africana de tratar a los japoneses como “blancos honorarios”). Pero era fundamental que esas sociedades se reconstruyeran de un modo muy específico.

Había que restablecer el orden tradicional de la derecha, con el típico predominio del sector empresarial, la debilitación y la fragmentación de los sindicatos, y el peso de la reconstrucción sobre las espaldas de la clase obrera y los pobres.

El principal obstáculo para todo esto era la resistencia antifascista, así que la suprimimos en todas partes del mundo, reemplazándola con frecuencia por fascistas y colaboracionistas. En algunos casos, para eso hacía falta recurrir a la violencia extrema, pero otras veces se lograba lo mismo con métodos más blandos, como la intervención en los procesos electorales y la retención de ayuda alimentaria (todo esto debería figurar en el primer capítulo de cualquier libro que describiera francamente la historia de la posguerra, pero en realidad casi nunca se menciona).

El modelo se instauró en 1942, cuando el presidente Roosevelt colocó al almirante francés Jean Darlan en el puesto de gobernador general para todas las colonias francesas en el norte de África. Darlan era uno de los principales colaboracionistas nazis y había redactado las leyes antisemitas promulgadas por el régimen de Vichy, equivalente del nazismo en Francia. Sin embargo, fue mucho más importante lo que pasó en la primera zona liberada de Europa, el sur de Italia, donde Estados Unidos siguió los consejos de Churchill e impuso una dictadura de derecha encabezada por el mariscal Badoglio, un héroe de guerra fascista, y el rey Víctor Manuel III, que también era colaboracionista.

Los funcionarios de planificación reconocían que la “amenaza” en Europa no era una posible agresión por parte de los soviéticos, que los analistas más serios, como Dwight Eisenhower, nunca anticiparon, sino más bien un movimiento de resistencia antifascista con ideales democráticos revolucionarios, o los partidos comunistas locales, con sus atractivos y su poder político. Para evitar un derrumbe económico que incrementara la influencia de esos dos movimientos y reconstruir las economías capitalistas de Europa occidental, el gobierno estadounidense instauró el plan Marshall, que otorgó a Europa más de 12.000 millones de dólares en préstamos y subvenciones entre 1948 y 1951, fondos éstos que se usaron para comprar una tercera parte de las exportaciones estadounidenses a Europa en 1949, cuando se alcanzó el punto máximo.

En Italia, un movimiento de obreros y campesinos liderado por el Partido Comunista había logrado mantener a raya a seis divisiones del ejército alemán durante la guerra y había liberado el norte del país. A medida que fueron avanzando en territorio italiano, las fuerzas estadounidenses dispersaron a esa resistencia antifascista y restauraron la estructura básica del régimen fascista anterior a la guerra.

Además, Italia fue una de las principales zonas de influencia electoral por parte de la CIA desde su creación. A la Agencia le preocupaba que los comunistas ganaran el poder legalmente en las elecciones decisivas de 1948. Para impedirlo, se usaron muchas técnicas, incluidas la reinstauración de la policía fascista, la irrupción en los sindicatos y la retención de ayuda alimentaria, pero no terminaba de quedar claro que fuera a perder el Partido Comunista. El primer memorándum emitido por el Consejo Nacional de Seguridad, conocido como NSC 1 (1948), detallaba una serie de medidas que iba a tomar el gobierno estadounidense si los comunistas ganaban las elecciones. Una de las respuestas previstas era la intervención armada por medio de asistencia militar para las operaciones clandestinas en Italia.

George Kennan y sus funcionarios proponían la intervención militar *antes* de las elecciones, porque no querían correr riesgos, pero otros lo convencieron de que podía lograr su objetivo mediante la manipulación del proceso electoral, y finalmente tenían razón.

En Grecia, los soldados británicos hicieron su ingreso cuando los nazis ya se habían retirado. Allí impusieron un régimen corrupto que generó mayor resistencia, y Gran Bretaña, en su decadencia de posguerra, no pudo mantener el

control. En 1947 intervinieron las fuerzas estadounidenses, que respaldaron una guerra sangrienta con un saldo de 160.000 muertes.

A esta guerra no le faltaron torturas, decenas de miles de exiliados políticos, “centros de reeducación” para otras decenas de miles de griegos ni operaciones de destrucción de sindicatos u otros movimientos políticos independientes.

Grecia quedó en manos de los inversores estadounidenses y los empresarios locales, mientras que gran parte de la población tuvo que emigrar para sobrevivir. Entre los beneficiados se encontraban los colaboracionistas, y las principales víctimas fueron los obreros y los campesinos de la resistencia antinazi, liderada por el Partido Comunista.

Nuestra defensa triunfal de Grecia contra sus propios habitantes sirvió de modelo para la guerra de Vietnam, como explicó el embajador Adlai Stevenson ante las Naciones Unidas en 1964. Los asesores de Reagan utilizaron exactamente el mismo modelo para describir la situación de América Central y para muchos otros lugares.

En Japón, el gobierno estadounidense lanzó el llamado “rumbo inverso” de la ocupación en 1947, que puso fin a los primeros pasos hacia la democratización adoptados por el régimen militar del general MacArthur. Estas políticas de “rumbo inverso” eliminaron los sindicatos y otras fuerzas democráticas para dejar al país en manos de los sectores empresariales que habían apoyado al fascismo japonés, un sistema de poder estatal y privado que todavía subsiste.

En 1945, cuando las tropas estadounidenses ingresaron en Corea, dispersaron el gobierno popular, compuesto principalmente de antifascistas que se habían resistido a los japoneses, y lanzaron una represión brutal empleando las fuerzas policiales fascistas de japoneses y coreanos que habían colaborado con ellos durante la ocupación.

Unas 100.000 personas resultaron asesinadas en Corea del Sur antes de que empezara lo que conocemos como la guerra de Corea. De esa cifra, entre 30.000 y 40.000 personas murieron en la represión de un levantamiento campesino dentro de la pequeña isla de Jeju.

En Colombia, por su parte, hubo un golpe de Estado fascista, inspirado por la España de Franco, que no suscitó protesta alguna por parte del gobierno estadounidense, como tampoco ocurrió con el golpe militar de Venezuela ni con el regreso al poder de un admirador del fascismo en Panamá, pero el primer

gobierno democrático en la historia de Guatemala, que se basó en el *New Deal* de Roosevelt, despertó un antagonismo feroz en Estados Unidos.

En 1954, la CIA ideó un golpe de Estado que transformó a Guatemala en un verdadero infierno. Desde entonces, el país sigue así, con intervenciones sistemáticas por parte de Estados Unidos, sobre todo en los mandatos de Kennedy y Johnson.

Para la eliminación de la resistencia antifascista se recurrió a criminales de guerra como Klaus Barbie, un oficial de la ss que había encabezado la Gestapo en la ciudad francesa de Lyon, donde se había ganado el sobrenombre de “el carnicero de Lyon”. Aunque fue responsable de muchos delitos atroces, el ejército estadounidense lo dejó a cargo del espionaje en Francia. En 1982, cuando finalmente lo trasladaron de regreso a Francia para juzgarlo como criminal de guerra, el coronel retirado Eugene Kolb del Cuerpo de Contrainteligencia del Ejército Estadounidense explicó que lo habían usado como agente porque “sus habilidades eran muy necesarias [...]. Sus actividades habían apuntado contra el partido comunista francés y contra la resistencia clandestina”, que eran blanco de represión para las fuerzas de liberación estadounidenses.

Como Estados Unidos estaba siguiendo con lo que los nazis habían dejado a medias, era lógico que emplearan especialistas en actividades contra la resistencia. Más adelante, cuando ya era difícil o imposible proteger a esos personajes útiles en Europa, muchos de ellos (incluido Barbie) fueron despachados a Estados Unidos o a América Latina, incluso con la ayuda del Vaticano y de los sacerdotes fascistas. Allí se transformaron en asesores para los regímenes militares que respaldaba Estados Unidos y que se basaban, con frecuencia abiertamente, en el Tercer Reich. Otros se dedicaron al narcotráfico, la venta de armas, el terrorismo y la docencia, ya que les enseñaban a los campesinos las técnicas de tortura inventadas por la Gestapo. Algunos de sus discípulos terminaron en América Central, lo que ofrece un vínculo directo entre los campos de exterminio y los escuadrones de la muerte, todo eso gracias a la alianza de posguerra entre Estados Unidos y la ss.

Nuestro compromiso con la democracia

En muchísimos documentos de alto nivel, los funcionarios estadounidenses de planificación manifiestan su opinión de que la principal amenaza contra el

nuevo orden mundial liderado por Estados Unidos es el nacionalismo del Tercer Mundo, que en algunos casos denominan “ultranacionalismo”, es decir, los “regímenes nacionalistas” que responden a la “demanda popular de mejoras inmediatas en los niveles de vida de las masas” y de producción para el consumo interno.

Los objetivos básicos de estos funcionarios, repetidos una y otra vez, eran evitar que esos regímenes “ultranacionalistas” llegaran al poder y, si por algún descuido, llegaban efectivamente, derrocarlos y remplazarlos por gobiernos que favorecieran las inversiones privadas de capitales nacionales e internacionales, la producción para las exportaciones y el derecho de expatriar fondos. (En los documentos secretos, esos objetivos nunca se cuestionan: son como el aire que respiran los funcionarios de planificación.)

Ahora bien, la oposición a la democracia y a la reforma social no resulta popular en el país victimizado. No se puede entusiasmar con eso a la población en general, con la salvedad de algunos grupos reducidos que tienen vínculos con las empresas estadounidenses y van a obtener ganancias.

Estados Unidos se basa en la violencia y en las alianzas con los militares (en palabras de los funcionarios de Kennedy, “los menos antiamericanos de todos los grupos políticos latinos”) para que éstos a su vez repriman a todo movimiento popular local que pueda pasarse de la raya.

El gobierno estadounidense se muestra dispuesto a tolerar la reforma social, como en el caso de Costa Rica, solamente si se eliminan los derechos sindicales y se preserva el clima para las inversiones extranjeras. Como el gobierno de Costa Rica siempre respetó esos dos imperativos fundamentales, le han permitido jugar un poco con la reforma social.

Otro problema que se señala repetidas veces en los documentos secretos es el exceso de liberalismo en los países del Tercer Mundo, sobre todo en América Latina, donde los gobiernos no mostraban demasiado compromiso con las medidas de control ideológico ni con las restricciones al movimiento, y los sistemas jurídicos eran tan deficientes que exigían pruebas para los procesamientos penales.

Este lamento es constante hasta el final del mandato de Kennedy. De ahí en adelante, los documentos todavía no fueron desclasificados. Los liberales del gobierno de Kennedy insistían en la necesidad de superar los excesos democrá-

ticos que permitían la “subversión”, con lo cual se referían, por supuesto, a que la gente pensara distinto.

Sin embargo, Estados Unidos también mostraba compasión por los pobres. A mediados de los años '50, por ejemplo, nuestro embajador en Costa Rica recomendaba que la United Fruit Company, que prácticamente gobernaba el país, introdujera una serie de “ornamentaciones más o menos sencillas y superficiales de interés humano para los obreros con un posible efecto psicológico de importancia”. John Foster Dulles, el secretario de Estado, coincidía con esta idea y le transmitía al presidente Eisenhower que para mantener a raya a los latinoamericanos había que “darles una palmadita en la espalda y hacerles creer que los queremos”.

Dado todo esto, es fácil entender las políticas estadounidenses en el Tercer Mundo. Nos hemos opuesto sistemáticamente a la democracia si no podemos controlar sus resultados. El problema con las democracias auténticas es que pueden caer presas de la herejía según la cual el gobierno no debe responder a las necesidades de los inversores estadounidenses, sino a las de su propia población.

De acuerdo con un estudio sobre el sistema interamericano publicado por el Royal Institute of International Affairs de Londres, aunque Estados Unidos se llena la boca hablando de la democracia, su verdadero compromiso no es con ella sino con “el modelo de la empresa privada capitalista”. Cuando se ven amenazados los derechos de los inversores, la democracia tiene que desaparecer. Si salvaguardan esos derechos, los asesinos y torturadores pueden quedarse.

Con el apoyo o incluso la intervención directa de Estados Unidos, fueron derrocados los gobiernos parlamentarios de Irán en 1953, de Guatemala en 1954 y en 1963 (cuando Kennedy respaldó un golpe militar para evitar la amenaza de la vuelta a la democracia), de República Dominicana en 1963 y 1965, de Brasil en 1964, de Chile en 1973 y de muchos otros países en distintos momentos. Nuestras políticas son prácticamente las mismas en El Salvador y en varios otros países del mundo.

Los métodos no son muy bonitos. Lo que hicieron los contras en Nicaragua, dirigidos por Estados Unidos, o lo que hacen nuestros representantes terroristas en El Salvador y Guatemala, no es solamente matar. Uno de los elementos más importantes es la tortura sádica y brutal: golpean bebés contra las piedras, cuelgan a las mujeres de los pies con los senos cortados y la cara desollada para que

mueran desangradas, o les arrancan la cabeza a las personas y la clavan en estacas. El objetivo es aplastar los movimientos nacionalistas independientes y las fuerzas populares capaces de instaurar la democracia en su verdadero sentido.

La amenaza del buen ejemplo

No hay ningún país que quede exento de este trato, por más insignificante que sea. De hecho, los más débiles y pobres suelen ser los que despiertan mayor histeria.

Tomemos por ejemplo el caso de Laos en la década de 1960, cuando probablemente era el país más pobre del mundo. La mayoría de los habitantes ni siquiera sabían que existía un país llamado Laos, porque sólo conocían la aldea donde vivían y las aldeas vecinas. Pero apenas empezó a surgir una revolución social de muy bajo perfil, el gobierno estadounidense sometió al país a una serie de “bombardeos secretos” letales que barrían con asentamientos enteros en operaciones que, como se reconoció después, no tenían nada que ver con la guerra que estaba librando Estados Unidos en el sur de Vietnam.

Grenada es un país con 100.000 habitantes que produce un poco de nuez moscada y que uno apenas puede encontrar en el mapa, pero cuando empezó a atravesar una revolución social moderada, el gobierno estadounidense intervino enseguida para destruir la amenaza.

Desde la revolución bolchevique de 1917 hasta la caída de los gobiernos comunistas en Europa del Este hacia fines de los años '80, resultaba posible justificar todos los ataques estadounidenses como métodos de defensa frente a la amenaza soviética. Así que en 1983, cuando Estados Unidos invadió Grenada, el jefe de gabinete explicó que en caso de un ataque soviético a Europa occidental, los enemigos en Grenada podían llegar a obstaculizar el paso de las reservas de petróleo a través del Caribe hasta Europa occidental y de ese modo impedir que defendiéramos a nuestros aliados. Aunque suene cómico, este tipo de historia contribuye a movilizar el apoyo de la población para las medidas de agresión, terrorismo y manipulación de procesos electorales.

El ataque contra Nicaragua fue justificado con el planteo de que si nosotros no los parábamos a “ellos” allá, pronto iban a invadirnos por la frontera de Harlingen, Texas, que quedaba a apenas dos días de auto. Para el público más culto, se inventaron variantes más sofisticadas pero igualmente imposibles.

En lo que respecta a las empresas estadounidenses, Nicaragua podría desaparecer y nadie lo notaría, igual que El Salvador, pero ambos países sufrieron incursiones mortales por parte de Estados Unidos, con un costo de cientos de miles de vidas y miles de millones de dólares.

Eso tiene un motivo. Cuanto más débil y pobre sea el país en cuestión, más peligroso resulta como ejemplo. Si una nación diminuta y sin recursos como Grenada puede lograr una vida mejor para sus habitantes, otro país con más recursos podría decir: “¿Y nosotros? ¿Por qué no?”.

Esto fue así incluso en el caso de Indochina, que es bastante grande y tiene recursos importantes. Aunque Eisenhower y sus consejeros no paraban de hablar sobre el arroz, el estaño y el caucho, su temor verdadero era que el pueblo de Indochina alcanzara la independencia y la justicia, porque el pueblo de Tailandia podría imitarlo, y luego el de Malasia, y enseguida Indonesia tomaría el camino de la independencia, y para entonces habrían perdido una parte significativa del Área Grande.

Si uno quiere un sistema global subordinado a las necesidades de los inversores estadounidenses, no puede permitir que se descarrile ninguna parte de ese sistema. Es impresionante la claridad con que se explica esto en los archivos documentales, incluso en los de acceso público en algunos casos. Tomemos el ejemplo de Chile durante el mandato de Allende. Se trata de un país bastante grande con muchos recursos naturales, pero Estados Unidos no iba a derrumbarse si Chile se independizaba. Entonces, ¿por qué nos preocupaba tanto? Según Kissinger, Chile era un “virus” que podía “contagiar” a toda la región con repercusiones hasta en Italia. A pesar de los cuarenta años de intervención de la CIA, Italia todavía conservaba un movimiento obrero. El triunfo de un gobierno socialdemócrata en Chile podía enviar un mensaje incorrecto a los votantes italianos. ¿Qué tal si se les metía en la cabeza retomar el control de su propio país y resucitar el movimiento obrero que la CIA venía socavando desde la década de 1940?

Desde el secretario de Estado Dean Acheson en esa década hasta los funcionarios actuales de planificación, todos vienen advirtiendo que “una manzana podrida puede arruinar el cajón entero”. El riesgo es que esa “podredumbre” que representa el desarrollo socioeconómico se propague a otros países.

Esta teoría de la “manzana podrida”, en su variante para consumo de la población, también se denomina “teoría del efecto dominó”. Para asustar a los

habitantes estadounidenses se hace circular una versión sobre el desembarco de Ho Chi Minh en California, entre otras. Es posible que algunos dirigentes crean estas tonterías, pero sin duda los funcionarios de planificación, que son más racionales, no las creen. Más bien, entienden que la amenaza verdadera es el “buen ejemplo”.

En algunos casos, la idea se explica con mucha claridad. Cuando el gobierno estadounidense planeaba derrocar al presidente democrático de Guatemala en 1954, un jerarca del Departamento de Estado señaló que “Guatemala se ha transformado en una amenaza cada vez mayor contra la estabilidad de Honduras y El Salvador. Su reforma agraria constituye una potente herramienta de propaganda, su programa de asistencia social para los obreros y los campesinos en la lucha triunfal contra la clase alta y las grandes empresas internacionales tiene un fuerte atractivo para los pobladores de América Central, donde predominan condiciones semejantes”.

En otras palabras, lo que quiere Estados Unidos es la “estabilidad”, o sea, la seguridad de “la clase alta y las grandes empresas internacionales”. Si eso se obtiene mediante los mecanismos formales de la democracia, bienvenido sea, pero si no, la “amenaza contra la estabilidad” que representa un buen ejemplo debe ser destruida antes de que el virus se propague.

Por eso, incluso el país más diminuto constituye una amenaza y puede terminar aplastado.

El sistema tripolar

Desde principios de la década de 1970, el mundo se viene inclinando hacia lo que hoy se denomina tripolaridad o trilateralidad: un sistema de tres grandes bloques económicos que compiten entre sí. El primero de ellos se basa en el yen y está compuesto por Japón en el centro y las ex colonias japonesas en la periferia. Durante los años '30 y '40, este bloque era conocido en Japón como la Gran esfera de coprosperidad de Asia Oriental. El conflicto con Estados Unidos surgió cuando el gobierno japonés intentó ejercer ahí el mismo tipo de control que las potencias occidentales ejercían en sus propias esferas. Pero después de la guerra, reconstruimos la región para ellos. Luego, no nos opusimos a que Japón la explotara, siempre y cuando lo hiciera bajo el dominio superior de nuestro gobierno.

Existen muchas teorías absurdas que plantean que la transformación de Japón en uno de nuestros principales competidores demuestra lo honorables que fuimos al haber colaborado con la reconstrucción de nuestros propios enemigos. En realidad, las opciones posibles en ese momento eran bastante más limitadas. Una alternativa, que fue la elegida, era restaurar el imperio japonés, pero mantenerlo bajo control estadounidense. La otra alternativa era mantenerse al margen y permitir que Japón y el resto de Asia siguieran el camino de la independencia, excluidos del Área Grande. Esta segunda opción era impensable. Es más, después de la Segunda Guerra, nadie consideraba que Japón fuera un posible competidor, ni siquiera en el futuro lejano. Se daba por sentado que tal vez en algún momento pudiera llegar a producir bagatelas, pero nada más que eso. Esa suposición estaba cargada de un enorme contenido racista. En gran medida, Japón se recuperó gracias a las guerras de Corea y de Vietnam, que estimularon la producción y representaron muchísimas ganancias para ese país.

Sin embargo, algunos de los primeros funcionarios de planificación, como George Kennan, fueron más visionarios. Él propuso que Estados Unidos instara a Japón a industrializarse, pero con una limitación: el gobierno estadounidense tendría que controlar las importaciones de petróleo. Según Kennan, esto nos iba a otorgar un “poder de veto” sobre los japoneses por si se salían de la raya. El gobierno estadounidense siguió sus consejos y conservó el control de las reservas y las refinerías japonesas. Incluso hacia fines de la década de 1970, Japón no controlaba más que el 10% de sus propias reservas de petróleo.

Ése es uno de los principales motivos que impulsan el interés de Estados Unidos por el petróleo de Oriente Medio. No lo necesitábamos para nosotros. Hasta 1968, América del Norte encabezaba la lista mundial de productores de crudo. Pero sí queríamos conservar en nuestras manos esta herramienta de poder y garantizar que las ganancias ingresaran fundamentalmente a Estados Unidos y a Gran Bretaña. Por eso hemos mantenido nuestras bases militares en Filipinas, que forman parte de un sistema de intervención global destinado a procurar que las fuerzas locales de Oriente Medio no sucumban ante el “ultranacionalismo”.

El segundo bloque económico tiene sede en Europa y está dominado por Alemania. Con la consolidación del Mercado Común Europeo está dando un gran paso al frente. La economía europea es mayor que la estadounidense y el continente posee más habitantes y un mejor nivel educativo. Si logra organi-

zarse bien y se transforma en una potencia integrada, Estados Unidos se convertirá en una potencia de segunda línea. Esto resulta cada vez más probable en la medida en que Europa, bajo el liderazgo de Alemania, avanza en dirección a restaurar el papel tradicional de los países del Este como colonias económicas, que básicamente formarían parte del Tercer Mundo.

El tercer bloque se basa en el dólar y está dominado por Estados Unidos. Hace poco se amplió para incorporar a Canadá, nuestro primer socio comercial, y pronto integrará también a México y a otros países del hemisferio mediante “acuerdos de libre comercio” elaborados principalmente para beneficiar los intereses de los inversores estadounidenses y sus aliados.

Siempre dimos por sentado que América Latina nos pertenecía por derecho propio. Como dijo Henry Stimson [secretario de Guerra en los gobiernos de Franklyn Delano Roosevelt y William Taft, y secretario de Estado en el gobierno de Herbert Hoover], América Latina es “nuestra pequeña región de aquí, que nunca molestó a nadie”. Para garantizar la existencia de este bloque basado en el dólar, habrá que continuar abortando todos los movimientos de desarrollo independiente en América Central y el Caribe.

Si uno no comprende nuestra lucha contra los otros países industrializados y el Tercer Mundo, la política exterior estadounidense le parece una serie incoherente y confusa de errores sin ton ni son. Pero en realidad, nuestros dirigentes han logrado cumplir con las tareas que se les asignaron, dentro de los límites de lo factible.

La destrucción en el exterior

Nuestra política de “buenos vecinos”

¿Con qué grado de precisión se han seguido los preceptos que estableció George Kennan? ¿Hasta qué punto hemos dejado de lado nuestra preocupación por los “objetivos imprecisos e irreales como los derechos humanos, las mejoras en el nivel de vida y la democratización”? Ya me he referido a nuestro “compromiso con la democracia”, pero ¿qué pasa con los otros dos temas?

Concentrémonos en América Latina y empecemos por el asunto de los derechos humanos. De acuerdo con una investigación de Lars Schoultz, el principal especialista en derechos humanos para esa región, “la asistencia pro-